

Redes, calidad de vida y complejidad

Ferrán Casas | Universitat de Girona

Un artículo breve, muy rico en aportaciones sugerentes

Ante este sugerente trabajo de Milgram, no se pueden evitar algunas preguntas previas: ¿Por qué ha quedado tanto tiempo fuera de los debates al uso? ¿Por qué renace el interés por el mismo precisamente en estos momentos? ¿Fue un trabajo excesivamente adelantado a su tiempo? ¿Qué nuevas perspectivas abrió?

A mi entender, son muy plurales las ideas seminales que aporta Milgram en su breve artículo, la mayoría de las cuales no han sido consideradas ampliamente “de plena actualidad” hasta hace bien poco tiempo. Quisiera señalar algunas que entiendo que merecen ser destacadas:

a) Su idea de las redes sociales como *estructura social*. Hoy parece indiscutiblemente asumido en el seno de las ciencias humanas y sociales que las *redes de relaciones interpersonales*, comúnmente referidas como *redes sociales*, forman parte de la *estructura* de nuestra sociedad. Sin embargo, el concepto de *estructura* aplicado a lo *social* parecía aludir, en principio, más bien a realidades de base tangible, sea por su materialidad (*estructura económica*), sea por su objetividad (*estructura de parentesco*). La existencia de **vínculos** entre las personas, sobre todo si son muy *débiles*, no parecían merecer tal rango de importancia hasta que los trabajos de Milgram (entre otros autores) forzó de alguna manera el inicio, o quizás la intensificación, de tal debate. Y es que la existencia de un vínculo entre dos personas, puede basarse en un único encuentro fortuito, acaecido hace años, y que por razones difíciles de escrutar (para muchos *subjetivas*), ha quedado grabado en el recuerdo de las personas *vinculadas*. Elementos *psicosociales* de nuestro entorno social, considerados frecuentemente banales, pasan a adquirir un peso trascendental para la comprensión de distintos fenómenos sociales.

Esta idea, en un Milgram navegando por el positivismo propio de su tiempo, resulta inseparable de la convicción de que las redes sociales participan de *cierta estructura matemática de la sociedad*. Dicha estructura para Milgram está contrapuesta al *azar*.

b) Un tema clave, quizás poco destacado, que introduce Milgram en el análisis de sus resultados es el de *estructura de comunicación potencial*. Ello tiene varias implicaciones. Por una parte alude a la existencia de *tramos invisibles* (¿inconscientes?) en una red social, que nunca se activan hasta que no se dan determinadas circunstancias (necesidad, reto, imaginación para solucionar un problema). Sin embargo, el hecho de su existencia permite predecir posibles conductas. De las 160 cadenas de transmisión iniciadas en Nebraska, sólo 44 llegaron a buen fin: ¿No existía enlace, o el enlace potencial no se activó? ¿Qué factores potencian o inhiben la activación de una cadena? A la luz de los resultados de su estudio Milgram ya destaca algunos posibles factores: diferencias de clase social, de género, raciales, el origen del vínculo (residencial, ocupacional, etc.), y, sobre todo, la *distancia psicológica y social*, quedando la distancia física reducida a factor de muy segundo orden.

Cabe destacar la chocante observación de que las cadenas se activan pocas veces entre familiares y más a menudo entre amigos o conocidos, tema que incitará posteriores debates, como los de Granovetter (1973), sobre el predominio de la importancia de los vínculos débiles en las redes sociales amplias.

Por otra parte, esta propuesta sugiere que Milgram quizás pensaba en las redes sociales más como estructuras de comunicación, y, por tanto con una representación más cercana a la idea de *canales*, es decir, *continentes* de alguna información, cuando hoy la mayoría de autores del ámbito social destacan más el hecho de que se trata de *estructuras vinculares*, y por tanto, de *redes vinculares*, que permiten *flujos* (en el caso del estudio de Milgram, podríamos hablar más que de comunicación, de *distribución* de objetos a personas concretas, igual que podemos hablar de *ayudas*, cuando nos referimos a las redes de apoyo social). Desde este punto de vista, *continente y contenido son inseparables*.

c) Una tercera idea provocativa introducida por Milgram es que el análisis de redes sociales muestra, en cierto sentido, que los individuos *estamos delimitados conjuntamente por un tejido social firmemente urdido*, apuntando a una clara **conexión entre lo micro-social y lo macro-social** a través de las mismas. De hecho, esta idea no está más que apuntada en su breve artículo, pero quizás ha sido uno de los puntos más destacados por autores posteriores (Granovetter, 1973; Maya, 2003) al insistir en que el concepto de *redes sociales* ofrece posibilidades absolutamente nuevas para vincular lo micro-social y lo macro-social. El estudio de Milgram es una excelente oportunidad para reflexionar sobre dicha posibilidad. Mientras que cada acto de traslado de una carpeta de un lugar geográfico a otro parece obedecer simplemente a la existencia de un vínculo entre dos personas, el itinerario global de la carpeta refleja *un conjunto de distancias sociales* (recogiendo una reflexión del propio Milgram), más que de distancias geográficas.

Reflexiones sobre el impacto del trabajo de Milgram e implicaciones para futuros desarrollos teóricos, de investigación y de intervención psicosociales

Además de los múltiples impactos en debates teóricos, de los que posiblemente hablarán más otros participantes de este dossier, quizás me toca a mi destacar que, durante las décadas recientes uno de los motivos del renovado interés por las redes sociales desde la psicología social ha sido su utilidad para el análisis de distintas realidades sociales orientado a la intervención social y psicosocial, y los retos que comporta su (re)construcción y fortalecimiento. La productividad se ha extendido a casi todos los ámbitos de aplicación de la psicología social (Villalba, 1993; Martínez et al., 2001), hasta el punto de haberse creado organizaciones dedicadas a la potenciación de redes comunitarias, como es el caso destacable de FUNDARED (Fundación para el Desarrollo de las Redes Sociales, creada en 1989, en Buenos Aires) (Dabas y Najmanovich, 1995).

Es precisamente en este ámbito de las aplicaciones orientadas a la intervención psicosocial en el que se han señalado más insistentemente dos cuestiones que considero de interés particular, situadas en niveles muy distintos: Por una parte está la importancia de la potenciación de las redes sociales en la mejora de la calidad de vida de las

personas, grupos y comunidades. Y por la otra está la necesidad de pensar en las redes sociales desde otras orientaciones epistemológicas distintas a las tradicionales, que tomen en consideración los debates contemporáneos sobre la complejidad, y las teorías relacionadas.

Y es que muchas de las realidades a las que nos referimos con conceptos aparentemente diáfanos a la hora de desarrollar programas de intervención social (necesidades sociales, problemas sociales, calidad de vida, bienestar social) están caracterizados por su *borrosidad*, como ya he señalado en otros sitios (Casas, 1996). Ha sido y es relativamente fácil alcanzar consensos sobre componentes nucleares de las necesidades sociales, o de la calidad de vida. Sin embargo, la experiencia (tanto académica, como profesional, social o política) nos muestra que es prácticamente imposible alcanzar consensos sobre el conjunto de la realidad social abarcada por cualquiera de estos conceptos. Ello sugiere que mediante planteamientos tradicionales sólo podemos aspirar a ofrecer explicaciones inteligibles de la estructura nuclear de dichos fenómenos, pero no de su estructura global. De ahí, a pesar de su apasionante interés, las dificultades de todos las propuestas que han intentado definir tipos o categorías de redes (Martínez et al., 2001; Barabási y Bonabeau, 2003).

El cambio social orientado a la mejora del bienestar y la calidad de vida se ancla en el cambio del comportamiento humano en sociedad, y éste, según los autores que recientemente han trabajado estas cuestiones desde las teorías de la complejidad, se caracteriza por su *borrosidad*, *catastrofismo*, *fractalidad* y *caoticidad* (ver Munné, 1993; 1994; 1995). Todos ellos conceptos más matizados de lo que puede sugerir una interpretación vulgar de los mismos.

En este ámbito, el concepto de complejidad, entendido tradicionalmente en un sentido cuantitativo, ha sido revisado, y cargado de un fuerte contenido cualitativo. Lo decisivo en la complejidad no es el número de elementos o partes de un conjunto, sino las relaciones entre los elementos del mismo. De ahí que algunos autores adviertan seriamente de los peligros o riesgos por parte de las ciencias sociales de percibir los aportes de las teorías de la complejidad sólo como un paso más a la matematización del conocimiento científico. Mientras que otro peligro está en verlas como un factor de desideologización del mismo conocimiento (Munné, 1994). La complejidad y el conocimiento de la complejidad son inseparables y en consecuencia las redes sociales son inseparables de las formas de conocimiento que desarrollamos para comprenderlas y aprehenderlas, incluidas las propias redes de intercambio de conocimiento académico o profesional, y las de su divulgación.

De hecho, las teorías de la complejidad nos plantean una nueva metáfora: El universo mismo como red o entramado de relaciones (Najmanovich, 1995), que sólo podremos conocer “haciendo red” dentro de ese gran entramado.

Milgram insiste en su artículo en la presumible diferencia entre la investigación “teórica” y su estudio empírico, que permite constatar cómo se desarrollan los contactos en red, en la práctica. Y después propone reflexionar sobre las diferencias entre lo observado y lo que “intuitivamente” era esperable, evidenciando así (una vez más) la existencia de aparatosos sesgos en las inferencias que la mayoría de las personas hacemos en nuestros cálculos de probabilidades.

La existencia de una *estructura de flujos potenciales* (si se me permite la reformulación del concepto propuesto por Milgram), ofrece otro puente de conexión con los debates referidos a las teorías de la complejidad. Ante situaciones o retos nuevos (un *atractor*) los elementos disponibles en una red se someten a *procesos de autoorganización*. En el límite de los mismos pueden aparecer procesos innovadores o creativos (Munné, 1995). Y con ello *estamos pasando de las ciencias de la conservación a las de la creación, porque aunque parezca paradójico a primera vista, la noción de historia está estrechamente ligada a la de creatividad en un universo evolutivo y complejo... En el universo en red la certeza es menos importante que la creatividad y la predicción menos que la comprensión* (Najmanovich, 1995).

Es posible que el propio Milgram tuviera la impresión de ser poco novedoso con su estudio, dado que él mismo reconoce humildemente que está “extraído” de un juego de niños relatado por Jane Jacobs. La impredecibilidad y quizás la caoticidad de algunas dinámicas sociales han llevado a que su trabajo incluya plurales elementos creativos, y sea germen provocador de numerosas nuevas líneas de estudio y debate.

Estamos en un proceso en el que se pone en juego la opción epistemológica de no sólo “ver” las redes, sino operar desde ellas, para facilitar la potenciación de las conexiones preexistentes y contribuir a generar otras de nuevas. Ello implica el reaprendizaje de las relaciones (Dabas, 1995).

La opción ideológica se desvelará con los objetivos asumidos para la (re)construcción de redes: Quizás con el trabajo en red podríamos incrementar nuestra capacidad de toma de decisiones en función del bienestar de la comunidad y de la calidad de vida de todos sus miembros. Y esto ya es ir mucho más allá de lo que Milgram propuso iniciar.